

ECO DE ORIENTE

Trisemanario - Sale los martes, jueves y domingos

Número suelto \$ 0,02
 Atrasado 0,03
 Serie de 10 Nros. 0,20
 Suscripción anual 1,50
 id por trimestre 0,50

Director, Ls. M. M. DIERES MONPLAISIR

Administrador, Raúl Velásquez R.

Administración:

Imprenta San José

Dirección Telegráfica:

«ECORIENTE»

AÑO IV |

Villavicencio, Febrero 2 de 1919—Número 278

[SERIE 1

DE VIAJE

A los humildes de corazón

Como el profeta del Señor, no sé hablar períodos harmoniosos, frases elocuentes, palabras nuevas. Mi literatura es la de los niños: «Est, est» «Non, non» «esta es la verdad; esto dice Dios; aquello está prohibido; he aquí lo que os exige la ley.» Por estos motivos cuya sinceridad patentiza su mera exposición, no pretendo enseñar a sabios. A los niños que son los humildes, discípulos de la escuela de Belén y huéspedes del pesebre, van dirigidos estos renglones como norma de conducta para el año que principia.

Hijos, hermanos míos, habéis oído decir que la vida es un viaje y esto es la verdad mas exacta que pueda salir de boca humana. La vida es un viaje que principia en el momento en que recibe animación nuestro cuerpo y cuyo término ha de ser el cielo. Quiero daros a conocer la manera cómo habéis de viajar en este valle, por este camino, y pues me gustan las parábolas, ahí va una que luego trataré de desarrollar.

Un llanero deseoso de establecerse en Bogotá, para allí llevar vida cómoda, sosegada, divertida y descansada, resolvió realizar cuanta he-

rencia le dejaran sus padres y por de pronto se halló con regular caudal, el cual, presupuestos los gastos bien le permitía satisfacer su antojo.

Vista su posible ejecución y tomada la resolución, el hombre de mi cuento despidióse de sus amistades y principió a subir la cuesta de Buenavista.

Allí descansó.

Inmediatamente se le acercaron arrieros, conocidos suyos, que le obligaron a que con ellos celebrara el negocio que llevaba trazas de ser tan bueno para aquél. No faltaron los chicos de turmequé, los que alternaron con las copas, etc. ... y aliviaron de no pocas monedas el guarriel del futuro ciudadano.

Sin que se notara mucho el primer desgaste, el viajero alcanzó a divisar el pueblo de Quetame.

En ése las funciones duraron días y no horas; el número de colibadores era más crecido y el brandy reemplazaba ya al aguardiente.

Por fin, sonó la hora de la despedida la que debía de ser eterna, si no hubiera sido por la pícara suerte que, por sendas distintas, hizo llegar a Cáqueza nuestros Quetameños junto con el Llanero. Este por exigírselo los achaques de tierra caliente tomó casa por un mes, casa que fué el lugar a donde se elitaron amistades rancias y nuevas.

Hacia Bogotá iba nuestro íntimo, pero cuan despacio! Además, cada día de fiesta, que para él todos lo eran, le venía quitando algo de los ahorros que le habían de proporcionar en la capital la soñada vida de regalo y descansoso.

Para no molestar, lectores míos, considero como excusado decir que, otra pasada hizo por Chipaque el consabido viajero, emprendiendo luego (ó propiamente hablando como a pesar suyo) la última cuesta, la que pendiente como ninguna, lleva necesariamente al Boquerón.

En esta angostura, desvalido, azotado por los vientos y la lluvia, el que había salido rico, consideró a la vez la llanura de Bogotá, tierra de promisión para él, y su guarriel completamente vacío, resultando su sueño irrealizable y su camino un engaño de tristes y dolorosos recuerdos ya que las risas, copas y juegos no le servían en adelante para tender su toldo, antes eran el obstáculo que se lo prohibieran.

Esa, mi parábola.

Esta, su explicación.

El niño que recibe el bautismo realiza la herencia de Jesucristo y en su alma se depositan tesoros infinitos con que puede el favorecido adquirir en el cielo un puesto seguro junto con la felicidad eterna. El tesoro lo componen: